RICARDO HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

Lo que no vuelve

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LO QUE NO VUELVE

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

RICARDO HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

Estrenada en el COLISEO IMPERIAL la noche del 9 de Enero de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1909

A MI QUERIDO AMIGO

Pepe García Plaza

Gracias á tí ha salido á luz esta obra que fué condenada por un empresario á la esterilidad de lo inédito. El Dios-Público *otorgó á* LO QUE NO VUELVE *aplausos sin tasa. Es justo que los comparta contigo, porque sin tu apoyo no los hubiese obtenido. Recibe, pues, con el testimonio de mi gratitud, un abrazo de tu compañero,*

R. Hernández Bermúdez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA.	Sra. Mesa.
CATALINA	Orejón.
DONCELLA	Srta. Azúa.
LUIS	Sr. Maximino.
PASCUAL	Espejo.
ANSELMO	Ramos.
UN COCHERO	Isbert.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Gabinete elegante con puerta al foro. Una puerta a la derecha en primer término y un balcón en el segundo. Otra puerta á la izquierda. Anochece.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y la DONCELLA

DON. ¿Llamaba la señorita?

MARG. Sí, enciende la luz; no me gusta estar á oscuras... Eso me entristece más.

DON. Al momento. (Enciende la luz.)

MARG. Ahora déjame... Puedes avisar que vayan poniendo la mesa, y, entre tanto, prepara mi ropa.

DON. ¿Va á salir esta noche la señorita?

MARG. Sí, voy al teatro, aunque de mala gana... Pero hoy es el santo de la señorita Ernestina...

DON. La amiga de la señora...

MARG. Sí, mi mejor amiga, la única que tengo y con quien paso los ratos más agradables...

DON. ¡Como que siempre está de buen humor!

MARG. Cierto. Lo tiene excelente y ella me hace olvidar los disgustos que padezco...

DON. Y su marido, el señorito Anselmo, es muy buena persona.

MARG. Un hombre modelo, amante de su mujer,

que también le quiere con delirio... Con ellos iremos al teatro...

DON. ¿Cuándo quiere vestirse la señorita?

MARG. Si tardase el señorito, ya te llamaré...

DON. ¿Manda alguna cosa más...?

MARG. No; puedes retirarte. (Vase por la izquierda.)

ESCENA II

MARGARITA

¡Tres años y quince días de matrimonio! ¡Dos años de felicidad y uno de martirio! ¡Aquéllos qué rápidos pasaron y éste qué eterno me parece! Desde que mi marido se ha lanzado á los negocios, ya no es mío, es de ellos... Almuerza de prisa, come de prisa y hasta duerme de prisa por lanzarse á la calle... ¡Qué vida más intolerable!... Esos malditos negocios han agriado su caracter... Antes era amable, dulce, casero... Ahora es hosco, indiferente y casi invisible. Los hombres de negocios no debían casarse ó no ser hombres... A los especuladores les pasa lo que á los sabios, que tienen el corazón en el cerebro y sus sensaciones no se exteriorizan sin pasar por el tamiz del juicio... A todas las mujeres nos gustan los hombres vehementes, apasionados, nerviosos, como lo era mi Luis hasta hace un año... A los hombres fríos, calculadores, linfáticos, debemos considerarlos como el género averiado del matrimonio.

ESCENA III

MARGARITA y CATÁLINA

CAT. ¿Estás visible?

MARG. Adelante. ¿Tú aquí?

CAT. Ya lo ves. He venido á la hora de comer, porque es cuando se encuentra en casa á todo el mundo.

MARG. Exacto.

CAT. Lo tengo por sistema. Cuando quiero ver á alguna amiga, voy á esta hora y hallo á la amiga... y á los amigos...

MARG. Los amigos de la casa...

CAT. O del comedor de la casa...

MARG. ¡Siempre mal intencionada!...

CAT. A veces es preferible que sean amigos del comedor, que de otra habitación más íntima...

MARG. ¡Maldiciente!

CAT. A las viudas se nos debe permitir la murmuración.

MARG. ¿Por qué?

CAT. Porque como no tenemos marido de quien hablar, hablamos de los maridos de las demás...

MARG. Y de las mujeres...

CAT. De esas no necesitamos decir nada... Ellas se encargan de dar que hablar... Ya ves lo que le pasa á Pepe...

MARG. ¡Pero si Pepe está ciego por su mujer!...

CAT. Por eso no ve lo que ella hace.

MARG. En efecto, es una mujer algo ligera...

CAT. Siente la nostalgia del arroyo.

MARG. Sin embargo, esas son excepciones...

CAT. Yo estoy indignada con las mujeres... y con los hombres...

MARG. ¿No te pretenden?...

CAT. Así, así... Desde que descubrí la felonía de mi difunto...

MARG. He oído hablar algo de eso...

CAT. ¡Calla, mujer! En cuanto se murió, examiné todos sus papeles y lo primero que cayó en mis manos fué un paquete de cartas amorosas. ¡Y yo que creí que nunca me la había pegado!

MARG. ¡Vaya con el hombre!

CAT. Pues sí, me la pegaba... desde antes de casarnos.

MARG. ¡Vamos, con premeditación!

CAT. Con premeditación, alevosía y ensañamiento...

MARG. ¿Ensañamiento?

CAT. Precisamente, porque antes de casarnos me engañaba con una y después me engañaba con dos...

MARG. ¡Qué pillo!

CAT. La primera era una doncella de mi prima; una joven muy guapa, que usaba unas chambras de color de rosa, capaces de hacer perder el sueño á un regimiento de caballería...

MARG. Entonces, tu marido padecería de insomnios...

CAT. No se lo conocí nunca... Sólo sabía que era de caballería...

MARG. ¿Y las otras dos?

CAT. Una de ellas era una mujer tan gorda que parecía que iba vendiendo carne.

MARG. Entonces se explica que tu marido la tomase.

CAT. La otra, tú la conoces, Joaquinita...

MARG. No recuerdo...

CAT. Sí, mujer, aquella joven que todo lo gastaba en ropa interior, porque decía que era lo que más se veía...

MARG. ¡Ah!... Joaquinita Muñoz.

CAT. La misma... La pobre se cansó muy joven de ser virtuosa...

MARG. Me han dicho que ahora es excesivamente beata.

CAT. Está en tan buenas relaciones con el clero, que hasta tiene influencia en el infierno...

MARG. En tal caso podrá seguir haciendo perrerías...

CAT. Es inútil... En cuanto la huelen, se van...

MARG. ¿Y descubriste los líos de tu marido?...

CAT. Una hora después de morir... Y cuando lloraba como una Magdalena...

MARG. Te arrepentiste...

CAT. Eso mismo... Me precipité sobre los cajones de su mesa de despacho y allí ví las pruebas de su infamia... cuatrocientas sesenta y cinco cartas...

MARG Una saca de correspondencia...

CAT. Toda una ambulancia... Leí las cartas, me sequé las lágrimas y me dirigí furiosa al di-

funto... ¡Las cosas que le dije!... Fué un milagro que no resucitase...

MARG. Pues si resucita...

CAT. Le mato del disgusto... Luego quise hacerle tragar las cartas, pero me contuvo su inmovilidad y me las tragué yo sola... Después me dediqué á averiguar quiénes eran las demás viudas de mi marido, y las escribí dándolas el pésame... Esa fué mi venganza...

MARG. ¿No pensarás en volverte á casar?

CAT. Estoy en dudas...

MARG. ¡Pero mujer!

CAT. ¡Qué quieres! El estado de viudez es el peor de los estados; un estado neutro expuesto á que le conquiste la maledicencia ó una potencia de primer orden... Nada, nada, que necesito una alianza...

MARG. ¿Tienes alguna en puerta?

CAT. Varias, pero no sé por cuál decidirme... Hay un marino que no me disgusta...

MARG. Pues pecho al agua...

CAT. Temo ahogarme... Conozco á un militar terrestre que tampoco me desagrada.

MARG. En ese caso...

CAT. Y un propietario que no me deja ni á sol ni á sombra... Tú le conoces, porque es amigo de tu marido y os visita con frecuencia, don Pascual...

MARG. Buena persona...

CAT. De novios todos son buenos, pero luego se malean con el uso... Yo quisiera ser como ciertas mujeres de ahora, que tienen maridos semejantes á esos muebles delicados y vistosos modernos que adornan, pero que no se pueden utilizar, porque se quiebran...

MARG. Tú estás por la solidez y la comodidad.

CAT. Las mujeres debemos optar siempre por lo *confortable.*

MARG. Piénsalo bien; estudia los caracteres de tus pretendientes...

CAT. Lo que yo necesito es un hombre que no tenga carácter...

MARG. Dificililllo es encontrarlo.

CAT. Existen, sin embargo; conozco á algunos...

MARG. Pues á ellos...

CAT. Ya tienen amo... Esos hombres son como los membrillos... se cogen verdes... Cuando maduran ya no sirven para nada...

MARG. No comprendo...

CAT. Es muy sencillo... Con los años les sale el carácter como las canas... Yo necesito, para casarme á gusto, saber que mi vida va á ser un largo poema de amor.

MARG. Los buenos poemas suelen ser cortos.

CAT. Todo depende del talento del poeta.

MARG. Tú lo tienes sobrado.

CAT. Y sin embargo, ya conoces el fracaso de mi primera poesía... Se convirtió en prosa pura... ¡Quiera Dios que la segunda!...

ESCENA IV

DICHAS. DON PASCUAL

PAS. (Saludando.) ¡Señoras!...

MARG. (A Catalina.) Aquí tienes una segunda parte...

CAT. (A Margarita.) No es una segunda parte... es un caballero del coro...

MARG. (A don Pascual.) ¡Bien venido!

CAT. ¡Pero don Pascual!...

PAS. No pensaba encontrarla á usted aquí...

MARG. ¿De veras?

CAT. ¡Pero don Pascual!...

PÁS. ¿Se enoja usted?

CAT. ¿Es decir que me persigue usted, hasta en casa de las amigas?

PAS. Ignoraba que usted estuviese en esta casa...

CAT. ¿Si lo hubiese usted sabido no habría entrado?

PAS. La respuesta es difícil... Si la digo á usted que no, la ofendo, y si la digo que sí, la molesto... ¿Qué quiere usted que conteste?

MARG. Es usted hábil.

PAS. No señora; soy sincero.

MARG. A veces la sinceridad es más hábil que la mentira.

PAS. El hombre moderno no debe mentir... La mentira es una excrescencia intelectual de que están libres los sanos de espíritu...

CAT. No siempre se puede decir la verdad...

PAS. Perdone usted, Catalina; pero yo opino que ahora se puede decir todo, con tal de no decirlo brutalmente... La brutalidad se va desterrando de las costumbres como del lenguaje... Los refinamientos modernos, son consecuencia del mayor grado de civilización que alcanzamos...

MARG. ¿De modo que usted cree?...

PAS. Que es posible decir la verdad sin el riesgo de pasar por groseros... El republicano que se hace monárquico ó el monárquico que se trueca en republicano, no es un miserable, no es un apóstata, es simplemente un político que evoluciona porque así lo aconseja la razón ó el buen sentido y lo exige el bien de la patria... La traición del político que derriba á un gobierno, es un ardid de guerra que aplaude todo el mundo... El cajero ó funcionario ladrón, no realiza un robo, comete una irregularidad... El hombre que profiere embustes no miente, se equivoca... El joven que realiza un delito, comete una travesura... Al que engaña á otro se le califica de ingenioso... y así sucesiva y cuerdamente...

MARG. A eso lo llaman en todo el mundo hipocresía...

PAS. ¿Pero qué son las buenas formas, sino antifaces de las malas?

CAT. Pues ya que es usted tan sincero, ¿á que no nos dice usted francamente su opinión sobre las mujeres?

PAS. Con mucho gusto... Yo las he dividido en dos categorías...

MARG. Malas y buenas...

PAS. No señora: en felices é infelices...

CAT. ¿Cuáles son las felices?

PAS. Las que saben engañar á los hombres.

MARG. ¿Y las infelices?

PAS. Las que se dejan engañar por ellos.

CAT. ¿No las hay buenas y malas?

PAS. No, señora... Todas son excelentes... hasta la que parece más depravada, llora...

MARG. Es usted todo un filósofo.

PAS. No lo crea usted. El filósofo es un individuo que se propone y consigue hacer ininteligibles las cosas de sentido común... Y en cuanto á mí, confieso que no sé hacer nada...

CAT. ¿Que no sabe usted hacer nada?

PAS. Me he equivocado. Quise decir que sé hacer todo aquello que no sirve para nada.

MARG. Eso es curioso.

PAS. Mi primera habilidad es tocar muy mal la guitarra. ¿Es eso útil á la sociedad?

CAT. Si se quedase usted ciego le sería á usted muy útil.

PAS. Por desgracia, no lo soy... En segundo lugar, bailo...

MARG. ¡Muy bien!

PAS. No, señora, regular...

CAT. ¿Qué más?

PAS. En tercer lugar, me dedico á culotar pipas...

MARG. Eso es un arte...

PAS. Sí, señora... el arte de perder el tiempo...

CAT. Adelante...

PAS. En cuarto lugar, soy un águila descifrando charadas y acertijos...

MARG. Eso revela ingenio...

PAS. No, señora... revela que no tengo otra cosa que hacer...

CAT. Es usted un fenómeno.

PAS. Sí, señora; pero si me exhiben en un barracón no da nadie ni cinco céntimos por ver mis habilidades... En cambio, cuando pongo mano en algo útil, lo estropeo...

MARG. ¡Es desgracia!

PAS. No, señora; es torpeza.

MARG. ¡Vamos, que ya sé que algo le saldrá bien!

PAS. Permítame usted que lo ponga en duda..

MARG. Conozco sus aficiones por una linda viudita, y me consta que emplea usted en hacerla el amor más talento que en descifrar charadas...

PAS. Pero ese talento que usted me atribuye, no alcanza á obtener la solución.

MARG. Es cuestión de tiempo y de constancia...

PAS. ¡Si ustedes me ayudasen!...

MARG. Por mi parte...

PAS. (A Catalina.) ¿Y usted qué dice?

CAT. Que antes de prestar mi concurso al proyecto, necesito conocer las bases...

PAS. ¿Me permite usted que se las exponga?

CAT. En este momento sería inoportuno... Más adelante... veremos... (A Margarita.) ¿No decías que me ibas á enseñar el traje que te han hecho?... (Vámonos de aquí.)

MARG. ¡Ah! se me olvidaba... ¡Es tan ameno don Pascual!

PAS. Gracias, señora.

CAT. Hasta luego. (Vanse por la derecha Margarita y Catalina.)

ESCENA V

DON PASCUAL

No me muevo de aquí hasta que salga... La acompañaré para conseguir que se decida. ¡Cada día me gusta más! Pero si cada día me gusta más y ella va alargando los días, resultará que llegará uno en que cuando me diga que sí, yo tenga que declararme insolvente... y tocar á retirada... Estas mujeres no piensan en los efectos destructores del tiempo... y en que los inviernos de la vida lo secan todo...

ESCENA VI

DON PASCUAL, y LUIS por el foro

LUIS ¡Mi querido don Pascual!

PAS. ¿Cómo va, Luis?

LUIS Admirablemente... Por usted no pasan días...

PAS. Pasan años.

LUIS ¡No diga usted eso! Parece usted un chiquillo.

PAS. Me falta el biberón.

LUIS Está usted fuerte, bien conservado...

PAS. Para no corromperme, procuro que no me dé el aire de las malas pasiones... Este barco no ha corrido temporales ni ha arribado á lazaretos sucios...

LUIS Siempre correcto.

PAS. Es por sistema... A veces el oficio de hombre honrado produce más que el otro...

LUIS Cualquiera que le oyese á usted creería que había sido pillo antes...

PAS. Ya sabe usted que eso de la moral es cuestión de clima.

LUIS O de temperamento.

PAS. Un amigo mío que murió á los ochenta años en olor de santidad, sujeto moral si los había, persona de trato finísimo y hombre de mundo; me dijo, en cierta ocasión, que hasta los treinta años el hombre debe ser honrado, pero que después era inexcusable seguir siéndolo...

LUIS ¡Bonita teoría!

PAS. Para vivir es necesario ser rico... honradamente si es posible...

LUIS El capital moral que se malgasta no se recobra nunca.

PAS. Es que el arte estriba precisamente en vivir sin malgastar ni lo moral ni lo material.

LUIS Es usted un escéptico empedernido.

PAS. No, señor; soy un hombre práctico... Me crié en Inglaterra y de allí traje un buen lastre de sentido común que me impide cometer ligerezas...

LUIS A pesar de eso me consta que va usted á realizar una...

PAS. ¿Yo?

LUIS Ayer encontré á Catalina, la viudita, y me dijo...

PAS. Ahí está con Margarita...

LUIS ¡Ah! está ahí... En ese caso no quiero cometer una indiscreción.

PAS. ¿Va usted á decirme que deseo casarme con ella?

LUIS Precisamente...

PAS. ¿Y usted opina que el hombre que se casa comete una ligereza?

LUIS El hombre que se casa degenera, porque pone un límite á sus libertades y achica su personalidad...

PAS. Lo niego. El hombre que se casa se convierte en creador, en más que hombre, en algo que casi toca en las lindes de lo divino...

ESCENA VII

DICHOS, MARGARITA y CATALINA

CAT. ¿Pero están ustedes discutiendo?

LUIS Es lo que solemos hacer los hombres.

PAS. Para demostrar que estamos muy mal educados.

LUIS No, señor; para pasar el rato.

PAS. Aquí somos tan irracionales que llamamos pasar el rato á perderlo... ¿Hay una obra nueva en cualquier calle? Pues vamos á verla todos los días para pasar el rato. ¿Se pegan dos? Pues necesitamos perder el tiempo en presenciar la niña. Y por eso á lo mejor formamos entre la patulea cuando un caballo se cae en cualquier parte. «¿Qué es eso?» —gritan los curiosos acercándose. Y á mí me entran deseos de contestar: «¿No lo ven ustedes? Un animal que se ha caido, dos que lo levantan y ciento que lo presencian...»

CAT. (Aparte á Luis.) Llévese usted á don Pascual.

MARG. Tiene usted razón.

LUIS No está mal la descripción... Y dígame usted. ¿No tenía usted que hablarme?

PAS. En efecto... A eso venía... Pero en este momento...

LUIS Venga usted á mi despacho... En un instante acabamos... Estas señoras nos dispensarán...

PAS. (Se me va á escapar Catalina.)

CAT. Sí, sí, vayanse ustedes. Nosotras aquí esperaremos charlando.

PÁS. (¡Me espera! ¡Ya es mía!) (**Vanse Luis y don Pascual por la izquierda.**)

ESCENA VIII

DICHAS, menos LUIS y DON PASCUAL

CAT. ¡Por fin!

MARG. ¿No quieres que don Pascual te acompañe?

CAT. Me quitaría las proporciones.

MARG. ¿Y cuál mejor que este hombre tan simpático?

CAT. Tiene la fatal manía de pensar...

MARG. ¿Y tu querías...?

CAT. Que me dejara pensar por él.

MARG. Es decir que deseas un hombre que no tenga ni memoria, ni entendimiento, ni voluntad...

CAT. Precisamente... ninguna de las potencias del alma...

MARG. Cometerá muchas faltas...

CAT. Con tal de que no vea las mías...

MARG. Pues lo que es eso no lo encuentras.

CAT. Entonces optaré por el general de la armada, que es el más viejo...

MARG. Se irá pronto á pique.

CAT. ¿Y qué importa, con tal de que se salve la tripulación?

MARG. ¿Y después?

CAT. Me dedicare á ejercer de viuda inconsolable, para ser siempre en vez de la viudita, la generala... Eso viste bien... ¡Generala!... Conque, adiós, no sea que vuelva á salir ese mister Charadas... (**Vase precipitadamente por el foro después de despedirse de Margarita.**)

ESCENA IX

MARGARITA, LUIS y DON PASCUAL

PAS. ¡Como! ¿Se ha marchado Catalina? (Tratando de precipitarse por la puerta del foro.)

MARG. (Deteniéndole.) ¿Pero dónde va usted? ¡Si se ha ido hace mucho tiempo, en vista de que se prolongaba la conferencia de ustedes!

LUIS No sea usted tan precipitado en sus resoluciones... Y en cuanto al negocio...

PAS. No hablemos ahora del negocio... Necesito ver á Catalina... Adiós, señores...

LUIS Pero es necesario convenir...

PAS. Ya lo convendremos... Permítame usted...

LUIS En ese caso volverá usted á...

PAS. (Impaciente.) Sí, sí señor, volveré... ¡Cuando digo que toda cosa útil me sale mal!

MARG. Yo creo que la viudita no está en malas disposiciones respecto de usted.

PAS. ¿Usted opina?

MARG. ¡Quién sabe!

PAS. Perdonen ustedes... Deseo verla, hablarla, saber...

LUIS Lo sabrá usted todo...

PAS. (Logrando coger el sombrero y llegar a la puerta.) Bueno, bueno... A los pies de usted. Adiós. (Vase por el foro.)

ESCENA X

DICHOS menos DON PASCUAL

MARG. Por fin se ha ido esa gente... ¡Qué pesados! ¿No tienes gana de comer?

LUIS (Sentándose en una butaca y contestando distraidamente) No tengo gana.

MARG. ¿Has tomado algo por ahí?

LUIS (Distraido.) Sí... he tomado...

MARG. ¿Qué te sucede?

LUIS Nada...

MARG. Estás preocupado.

LUIS No lo creas.

MARG. Tú siempre tan alegre y decidor fuera de casa, en cuanto entras en ella pareces otro.

LUIS Pues siempre soy el mismo...

MARG. ¿Te molesta lo que te digo?

LUIS Esa solicitud constante no me agrada.... Déjame...

MARG. ¡Luis! ¡Por Dios! ¿Has tenido algún disgusto? Cuéntamelo. Los males compartidos son menos dolorosos...

LUIS Te digo que me dejes... Necesito pensar... Un negocio muy arduo absorbe todos mis pensamientos...

MARG. ¿Y no reservas uno solo, uno muy pequeño, el último para tu mujer?...

LUIS Mira, Margarita, los hombres no podemos dedicarnos exclusivamente á satisfacer los caprichos de las mujeres, á consagrarnos por completo á ellas, á perder el tiempo en conversaciones fútiles, porque eso equivaldría á aislarnos, á procurar nuestra ruina, á perder la embocadura de los negocios y de las mil cosas que absorben la vida del que trabaja y produce.

MARG. ¿Pero no trabajan y producen otros, acaso más que tú, y les sobra tiempo para dedicarlo á sus mujeres?

LUIS Esos de quienes hablas habrán descubierto los días de cuarenta y ocho horas.

MARG. Pues si otros lo han conseguido, ¿por qué tú no lo intentas?

LUIS Siempre estás desvariando. A punto me hallo de creer que las mujeres no tenéis sentido común.

MARG. Y yo de suponer que careces del que poseías.

LUIS ¡Margarita!

MARG. ¡No te compadeces de mi soledad, de esta reclusión á que desde hace un año vivo condenada, de lo que sufro con tu indiferencia! Luis, óyeme... Sé lo que antes eras para mí... ¿No te acuerdas de aquellos días?

LUIS No me molestes... ¿Vamos á pasarnos toda la vida diciéndonos necedades?

MARG. ¿Llamas necedades á las expresiones de nuestro cariño?...

LUIS Los novios y los recien casados no inventaron el ingenio.

MARG. Es cierto... El ingenio es propio de los caracteres irascibles...

LUIS De las personas de talento...

MARG. También el ingenio es el arma de los débiles.

LUIS ¿Lo soy yo acaso?

MARG. ¿Pero tú tienes ingenio?

LUIS Para tí no poseo ninguna buena cualidad... Al fin, eres mi mujer.

MARG. No, Luis, no me comprendes... Tienes buenas cualidades, pero te falta el arte de hacerme feliz... ¡Me contento con tan poco!

LUIS ¿Qué te falta?

MARG. Tu cariño, la estimación en que me tenías...

LUIS De todo ello sigues disfrutando... Te quejas sin motivo y hablas sin razón... Mira, déjame... déjame. No me atormentes con sensiblerías ridículas..

MARG. Veo que no me quieres... ¡Está bien!... Ya sé á qué atenerme .. No volveré á molestarte...

LUIS Al fin comprendes...

MARG. Sí, comprendo muchas cosas... En adelante me dedicaré á envidiar á mis amigas... Todas son felices...

LUIS Me alegro tanto.

MARG. La más feliz es Ernestina... Lleva seis años de casada, y su marido Anselmo la adora...

LUIS (Sobresaltado.) !Eh! ¡Ah! sí, mucho... mucho...

MARG. ¡Quisiera ser como ella!

LUIS Pues no quiero que lo seas...

MARG. Ya lo veo...

LUIS Me siento cansado... Hoy he corrido mucho... No tengo ganas ni de hablar.

MARG. Haber tomado un coche.

LUIS Deseaba estirar las piernas y lo he hecho todo á pie.

MARG. ¿Y no habrás ido á dar los días á Ernestina?

LUIS — No he tenido tiempo. La daremos las noches luego, cuando venga á buscarnos para ir al teatro.

MARG. — Es una gran falta.

LUIS — ¿Y por qué no has ido tú?

MARG. — Porque esperaba á que vinieses conmigo.

ESCENA XI

DICHOS, la DONCELLA por el foro

DON. — Aquí está un cochero que pregunta por el señorito.

MARG. — ¿Un cochero?

DON. — Sí, señorita.

LUIS — Hazle pasar á mi despacho.

MARG. — ¿Por qué no le recibes aquí?

LUIS — No tengo inconveniente. Dile que pase. (La Doncella vase por el foro.)

ESCENA XII

DICHOS menos la DONCELLA

MARG. — ¿Habrás olvidado pagar á algún cochero estos días?

LUIS — No recuerdo... Hace tanto tiempo que no utilizo ningún carruaje...

MARG. — Entonces...

LUIS — No caigo en la cuenta de lo que pueda ser... En fin, ahora veremos.

ESCENA XIII

DICHOS. Un COCHERO por el foro

COCH. — ¿No se acuerda el señorito de mí?

LUIS — (Asustado.) ¿Yo...

MARG. — (Observándole.) ¿Qué tienes? ¿Te pones malo?

LUIS — No; no... (Al Cochero.) ¿Qué deseaba usted?

COCH. — ¿No recuerda de mí el señorito?

LUIS No hago memoria...

MARG. Cuando él lo dice...

COCH. Eso no tiene nada de particular... Sin duda el señorito no se fijó en mí... Por lo general los que toman un coche nunca se fijan en el cochero ¿para qué?... En cambio nosotros siempre nos fijamos en los parroquianos... En la cara conocemos la propina que nos van á dar... Cara fosca, aires de dictador... diez céntimos la carrera... Cara alegre, aire cordial... treinta céntimos... Cara expresiva, gesto nervioso... ese es el que siempre tiene prisa... dos reales... Cara afligida, de duelo... cuatro horas de coche... quince céntimos de propina... Los hay que no dan nada... Esos tienen cara de pocos amigos...

LUIS (Impaciente.) Bien... ¿y todo eso á qué conduce?.

COCH. Pues conduce á decir al señorito que yo soy el cochero de antes...

MARG. ¿De antes?

COCH. Sí, señora... Mi coche fué el que tomó el señorito esta tarde á primera hora.

LUIS ¿Yo?

MARG. ¡Cállate!

COCH. (Señalando á Margarita.) El señorito iba con la señora...

LUIS ¡Eh!...

MARG. (Dando muestras de impaciencia y mirando á Luis con sonrisa forzada.) Sí, hombre, sí; ¿no te acuerdas ya?... Siga usted... Todo es exacto.

COCH. ¿Por fin se acuerda de mí la señorita?

MARG. Naturalmente... Tomamos el coche en... en...

COCH. En la calle de Atocha...

MARG. Eso es... en la calle de Atocha...

LUIS Bueno... bueno. (Queriendo hacer señas al Cochero sin que lo advierta Margarita.)

MARG. Déjale hablar...

COCH. A mí me pareció que la señorita era entonces más alta, pero tal vez eso consistiera en la ropa y en el sombrero...

MARG. Es posible.

LUIS Este hombre... ¡eh! (Haciéndole señas para que calle.)

MARG. Si interrumpes no acabaremos nunca. Continúe usted.

COCH. (Sacando del bolsillo una pulsera envuelta en un trozo de periódico y dirigiéndose á Margarita.) Aquí tiene la señorita la pulsera que dejó en mi coche...

LUIS Esa pulsera no es de...

MARG. (A su marido, con imperio.) ¡Cállate!

COCH. ¿Está satisfecha la señora?

MARG. Y mi marido también...

LUIS ¡Oh!... ¡Muy contento! ¡Muy contento! (Con rabia.)

MARG. ¿Cómo supo usted que vivíamos aquí?...

COCH. Recordará la señora que yo subía por la calle de Atocha á eso de las dos de la tarde...

MARG. Sí, lo recuerdo perfectamente... y le paramos... claro...

COCH. Luego fuimos hasta Chamartín, después á la Moncloa...

LUIS Sí, hombre, sí; ya lo sabemos; ¿á qué tanto detalle?... Eso es completamente necio...

MARG. Pues me agrada oirlo... Siga... Hable usted sin temor...

COCH. Después de muchas vueltas la señora dejó al señorito al oscurecer en la Plaza de Oriente y se despidió de él muy... muy...

MARG. La verdad, dígalo todo sin miedo...

COCH. Muy... zalameramente... con mucho mimo... ¡ea!

LUIS Eso es inaguantable...

COCH. Yo creo que no tiene nada de particular...

MARG. Claro que no.

COCH. Entre dos personas que se quieren... pues el *afeto* es viceversa.

MARG. Naturalmente. (A Luis.) En estos casos las personas deben guardar cierto recato...

COCH. Entonces me enteré de que los señores eran *cónyugues*, porque la señora dijo al señor: «Vuelve á casa pronto para ir con tiempo al teatro.» Luego el señor me dió orden de traerle á la calle de Zurbano, y al llegar cerca de esta casa me mandó parar y dióme una propina de órdago, un duro...

MARG. El paseo lo valía...

COCH. Yo soy hombre agradecido y me bajé del pescante para saludarle con más atención... y encender los faroles... Entonces me fijé en que entraba aquí el señorito... Luego abrí el coche, como de costumbre cuando lo abandona un parroquiano, para ver si había algo perdido y entonces encontré la joya.

LUIS ¡Muy bien! (Rabioso.)

MARG. Es usted un hombre honrado. (A Luis.) ¿No te parece lo mismo?

LUIS Mucho... mucho...

MARG. Y eso merece una buena recompensa.

COCH. Señora... era mi deber...

MARG. (A Luis.) Dale cincuenta duros.

COCH. (Con asombro.) ¡Cincuenta duros!

LUIS ¿Pero qué dices?

MARG. Que le des cincuenta duros. ¿Te pare ce poco siendo tan grande el servicio que me ha prestado?

LUIS Sí, tienes razón. (Sacando billetes de la cartera.) Tome usted...

COCH. ¡Gracias, señora! ¡Gracias, señorito! ¡Mil reales! ¡Una fortuna!... Que no se olviden los señoritos de tomarme... y si pierden algo... Mi coche tiene el número 825; no lo olviden los señoritos...

LUIS No lo olvidaré nunca...

MARG. Y yo menos...

COCH. Adiós, señoritos... muchas gracias... muchas gracias... Y felicidades. (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

DICHOS menos un COCHERO

MARG. ¿Qué te parece?

LUIS ¿A mí?...

MARG. (Mirándole fijamente y con la pulsera en la mano.) Sí, á tí.

LUIS ¿Y á mí qué me importa esa historia?

MARG. ¿Que no te importa? A mí sí... ¿No ha de importarme?...

LUIS ¿A que supones que todo lo que ha referido ese bárbaro es cierto?

MARG. No me cabe la menor duda.

LUIS Le que sucede es que hoy estás de mal humor y quieres que yo pague los vidrios rotos.

MARG. Por desgracia veo que soy yo la que hace tiempo los está pagando.

LUIS ¿Sospechas de mí?

MARG. Antes sospechaba; ahora no.

LUIS Entonces...

MARG. Ahora tengo la certidumbre de tu maldad.

LUIS Mejor será no contestarte.

MARG. Porque no hallas palabras para ello.

LUIS ¿Es decir que porque á un hombre cualquiera, á un desconocido, se le antoje suponer que he cometido un delito, le vas á dar más crédito que á mí?

MARG. El delincuente no dice nunca la verdad para evitar que le condenen.

LUIS Pero el testimonio de ese borracho, pues ya observarías que estaba completamente ebrio, ¿es bastante para fundar una acusación?

MARG. ¡Que estaba ebrio!...

LUIS No se podía tener en pie... Hasta el sitio que yo ocupaba llegaba el olor del vino que había trasegado... Precisamente por esa razón no protesté y accedí á tus deseos de que le gratificara... En la situación en que estaba ese animal, hubiera sido temerario contradecirle... Los alcoholizados se asemejan mucho á los locos... Una frase imprudente, el más pequeño razonamiento, la menor discusión les saca de quicio y se entregan á violencias peligrosas... ¿Iba yo á luchar como un mozo de cuerda con un cochero borracho? Eso me hubiera puesto á su altura....

MARG. Pues créeme que realmente has quedado á la altura de un cochero...

LUIS Sólo eso me faltaba que oir...

MARG. Digo mal... El cochero ocupa un lugar prominente: el pescante... Tú te hallas á los pies de los caballos, es decir, en una posición inferior y... ridícula.

LUIS Porque tú te obstinas en ponerme de ese modo.

MARG. ¿Yo?... ¿Niegas que hoy has tomado un coche?

LUIS Terminantemente.

MARG. Pues, ¿cómo te conoció el cochero?

LUIS Lo mismo que á tí... ¿Has tomado tú hoy el carruaje de ese hombre?

MARG. No.

LUIS Y, sin embargo, él mismo ha declarado aquí que me acompañabas esta tarde. ¿Qué fe puede darse á sus afirmaciones?

MARG. No es lo mismo... A tí te vió entrar en esta casa, y por lo tanto no cabe la menor duda...

LUIS Y á tí no te ha visto nunca y á pesar de eso aseguró que eras la del coche...

MARG. No me convences.

LUIS Porque no quieres... Aun suponiendo que hubiese tomado un coche esta tarde y que en ese coche se encontrara una pulsera, ¿basta eso para que supongas que tengo miles de queridas?...

MARG. Con una sola es suficiente...

LUIS Eso no basta...

MARG. ¿Cómo?

LUIS Quiero decir que eso no basta para que constituya una prueba evidente.

MARG. En fin, ¿á quién pertenece esta pulsera?

LUIS Lo ignoro... ¡Habrá tomado hoy tanta gente ese coche!

MARG. Incluso tú.

LUIS Yo... ya te he dicho...

MARG. Puesto que no eres franco, yo procuraré averiguar de quién es la alhaja...

LUIS ¿Vas á empezar á cometer tonterías?

MARG. Pues dime á quién pertenece...

LUIS Dame la pulsera y procuraré complacerte recorriendo todas las joyerías de Madrid hasta dar con la en que fué vendida.

MARG. De ningún modo... Me corrresponde á mí practicar esas averiguaciones...

ESCENA XV

DICHOS y la DONCELLA

DON. ¡Señoritos!...
MARG. ¿Qué hay?
DON. En la sala espera el señorito Anselmo...
MARG. ¡El marido de Ernestina!... Dile que pase... (Vase la Doncella por el foro.)

ESCENA XVI

DICHOS menos la DONCELLA

LUIS ¿Cómo vendrá á esta hora?
MARG. No es temprano... Acaso Ernestina espere abajo en el coche para ir al teatro...
LUIS (Mirando el reloj.) Todavía no son las ocho...
MARG. ¿Habrá ocurrido algo?
LUIS Puede ser... Sobre todo te ruego no digas delante de Anselmo nada de lo ocurrido... No quiero que todo el mundo conozca nuestras diferencias, por los malditos celos que te dominan...
MARG. No, no diré nada... Son muy buenos amigos y nos quieren tanto, que les produciría profundo disgusto...

ESCENA XVII

DICHOS y ANSELMO por el foro muy excitado y dando muestras de haber corrido mucho

ANS. Siento molestar á ustedes, pero...
LUIS De ningún modo; siéntese usted.
MARG. ¿Y Ernestina, está bien?
ANS. Perfectamente... En casa se ha quedado... Pero yo venía...
MARG. ¿Sucede algo grave?
ANS. Una contrariedad grande... Díganme uste-

des... ¿por casualidad han encontrado una pulsera?

MARG. ¡Una pulsera! ¿Qué dice usted?

LUIS No, yo no he encontrado... no he encontrado... (¡Esto es horrible!)

ANS. Sí, sí, una pulsera con brillantes...

MARG. ¡Ah! Sí, en efecto... nosotros... yo...

ANS. ¡Cómo! ¿Será cierto? ¿La tiene usted?

MARG. ¿Es esta? (Enseñándola.)

ANS. La misma... la pulsera de Ernestina... ¡Me devuelven ustedes la alegría!...

MARG. Ya te lo decía yo... (A Luis.)

ANS. ¿La encontrarían ustedes en la escalera?...

MARG. Cierto... en la escalera... Cuando volví hace poco vi brillar un objeto junto á la puerta...

ANS. ¡Qué casualidad que haya sido usted la que la ha encontrado!... Mi mujer salió á primera hora, como tiene por costumbre desde hace poco más de un año...

MARG. ¿Antes no la tenía?

ANS. No, señora; era muy casera... Pues como decía, salió á dar una vuelta según me ha manifestado, recorrió varias tiendas y vino á verla á usted no hallándola en casa... Se conoce que no había nadie, porque llamó varias veces y no le contestaron...

MARG. Habíamos salido también mi marido y yo...

ANS. Debió perderla al bajar...

MARG. O al subir...

LUIS No sabía que tuviese esa joya.

ANS. Se la compré hace pocos días como recuerdo por celebrar hoy su santo...

MARG. Y lo ha celebrado...

ANS. No, señora... lo de costumbre...

MARG. Desde hace un año...

ANS. Es tan buena, tan cariñosa, que no sé cómo corresponder á su afecto... Cuando echó de menos la pulsera, creí que se ponía enferma, tuvo un ataque de nervios y lloró desesperadamente... El disgusto de la pérdida unido á la natural excitación del cansancio producido por lo que había andado esta tarde, la pusieron en una situación lastimosa... La consolé como pude, y sin que lo supiese

vine á verles á ustedes... No sé por qué tenía la esperanza de que mi visita no sería infructuosa...

MARG. Y no se equivocó usted.

ANS. Voy corriendo á dar á Ernestina noticia tan agradable... Perdonen ustedes que les deje tan pronto... ¡Buena sorpresa tendrá cuando sepa que han sido ustedes los que han encontrado lo que ha perdido!...

MARG. Lo mismo creo...

ANS. Y en cuanto comamos vendremos por ustedes para ir al teatro... La comedia de hoy es interesantísima y de enredo...

MARG. Eso he oído decir... ¿La conoces tú, Luis?...

LUIS Yo hoy no sé nada...

ANS. ¿Se les ofrece á ustedes algo para Ernestina?

MARG. Dígale usted de mi parte que siempre la tuve por una excelente amiga, y que luego... más tarde, hablaremos de ello... pero que cuide mejor de sus alhajas, porque si la hubiese perdido en un coche... ¡oh! entonces...

ANS. Así se lo diré... Hasta después... (Vase por el foro.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS menos ANSELMO

MARG. (Mirando al foro.) ¡Pobre hombre!

LUIS ¿No vamos al teatro esta noche?

MARG. No; ha concluido la comedia. Y ya lo ves, era de enredo. (Se dirige airada hacia la derecha para retirarse.)

LUIS (Deteniéndola.) ¡Oye! ¡Escucha!

MARG. Es inútil. Todo ha concluído. En el cielo de mi vida se ha puesto el sol.

LUIS No, Margarita, no se ha puesto. Ha sido un eclipse, un eclipse brevísimo. Perdóname. Te adoro.

MARG. Imposible. El primer desengaño es como el primer amor. No se olvida nunca.

LUIS A fuerza de cariño procuraré borrarlo de tu memoria.

MARG. No lo conseguirás. La vida es fe y esperanza. Cuando se pierden, no vuelven á recobrarse. Esa pulsera es el grillete presidiario que sujeta mi corazón á tu crimen. Decirte que te querría como antes, sería engañarte. El amor que prendió en una mirada de nuestros ojos, ha perecido en el choque de nuestros corazones.

LUIS Eres cruel y fría.

MARG. Como la razón.

LUIS No eres una mujer.

MARG. Lo fuí. Ahora sólo soy un símbolo.

LUIS El del amor propio herido.

MARG. No. El del amor humano muerto. Viviré siendo sepulcro de su cadáver.

LUIS Puede levantarse como Lázaro.

MARG. No eres tú el Cristo capaz de resucitarlo. Podemos decir adiós para siempre á nuestro amor.

LUIS Tal vez retorne.

MARG. ¡Ilusiones! Eso es... lo que no vuelve. (**Mutis derecha.**)

TELON

Precio: UNA peseta